

Entrevista a

Ruth Glasberg Gold

Superviviente del holocausto en Transnistria

por Ricardo Angoso

Lo más terrible fue ver morir a toda mi familia, a mi papá, a mi madre y también a mi hermano, sin poder hacer nada

INTERNACIONAL

Ruth Glasberg Gold es, a sus 88 años, un ejemplo de lucha, supervivencia y defensa permanente de la memoria en aras de que el sufrimiento de los suyos y de tantos miles no caiga en el olvido. Padeció el Holocausto en Transnistria y fue testigo en primera persona de las atrocidades, penalidades y el martirio de miles de judíos a manos de los nazis y sus verdugos voluntarios de entonces, los fascistas rumanos. Toda su familia padeció en estos terribles hechos que hoy debemos recordar porque "si nosotros callamos, ¿quién hablará?", como señalaba muy oportunamente el escritor Primo Levi. Aparte de estas consideraciones, Ruth ha dado ha conocer uno de los episodios

más desconocido del Holocausto: la tragedia de los miles de judíos asesinados durante el Holocausto en Rumania y Transnistria, hechos que hoy se pretenden edulcorar.

Es autora de un libro, *Ruth's Journey: a survivor's memoir* (*Lágrimas secas*, en su edición en español), donde cuenta su historia, y ha trabajado en los últimos años con pasión y firmeza en la defensa del recuerdo de aquellos luctuosos hechos que hoy todavía empañan a la humanidad entera. Su largo periplo tras acabar la Segunda Guerra Mundial le llevó a Rumania, a la Unión Soviética, a Chipre, a Israel, a Colombia y, finalmente, a los Estados Unidos, donde vive actualmente en la ciudad de Miami.



A pesar de que mi padre me explicó qué significaba odiar a los judíos, me fue difícil comprender sus implicaciones. Sin embargo, día a día esta palabra empezó a sonar de manera cada vez más ominosa



EL ANTISEMITISMO EN LA RUMANIA DE ENTREGUERRAS

¿Podría contarnos algo de su historia y de dónde procede?

Tenía yo siete años cuando tenebrosas nubes negras ensombrecieron nuestra placentera existencia, concretamente corría el año 1937. Por primera vez en mi vida, oí la palabra antisemitismo. A pesar de que mi padre me explicó qué significaba odiar a los judíos, me fue difícil comprender sus implicaciones. Sin embargo, día a día esta palabra empezó a sonar de manera cada vez más ominosa.

Rumania es un país de tradición antisemita profundamente arraigada. A lo largo de su historia se esgrimieron consignas enardecidas, tales como "los judíos están desangrando a nuestro país" y "los judíos beben la sangre del pueblo" para desviar la atención popular del verdadero descontento debido a dificultades económicas y las pérdidas territoriales que tuvieron lugar a lo largo de su historia. Hubo períodos de mayor indulgencia, gracias a la presión diplomática ejercida sobre los rumanos para que trataran mejor a los judíos. Los movimientos fascistas alcanzaron su mayor auge apenas hacia el final de la década de los treinta. Existía en Rumania la Guardia de Hierro, llamada también el Movimiento Legionario, un partido de corte nazi, al cual la Gestapo proporcionaba armas y dinero y enseñaba los métodos nazis de genocidio. Además, el gobierno Goga-Cuza, con una plataforma antisemita, construyó los cimientos para la persecución de los judíos rumanos.

De niña, yo escuchaba a los adultos susurrar los nombres Goga-Cuza, como si sólo pronunciar las palabras provocara algún efecto nefasto. En realidad este fue el primer gobierno declaradamente antisemita impuesto por el rey Carol II, encabezado por el poeta Octavian Goga y el veterano antisemita Cuza. A pesar de que duró apenas unos cuantos meses, las semillas de odio brotaron con la velocidad del rayo e intoxicaron las mentes de las masas. Sus seguidores continuaron la misma opresión sistemática de los judíos, aspirando a la eventual destrucción de la tercera mayor población judía de Europa, que era la de Rumania.

EL OMINOSO PACTO GERMANO-SOVIÉTICO

¿Cuándo empezaron a complicarse las cosas para ustedes?

En 1939 tuvieron lugar algunos desarrollos políticos bizarros. Los ministros de relaciones exteriores, Joachim von Ribbentrop, de Alemania, y Viacheslav Molotov, de la extinta Unión Soviética, firmaron un pacto que contenía un acuerdo secreto de devolver Besarabia a la soberanía soviética. Un año más tarde, cuando los soviéticos ocuparon ese territorio, reclamaron también Bucovina del Norte, que incluía a nuestra ciudad, Czernowitz, su capital. Ya la Segunda Guerra Mundial había comenzado. Al comienzo, este pacto germano-ruso trajo algunas esperanzas a algunos y sentimientos ambivalentes a otros. Los ricos temían ser deportados a Siberia, los pobres le dieron la bienvenida con la ilusión de una vida mejor, y la clase media, mientras tanto, estaba indecisa. Para nosotros, algo positivo que podíamos esperar era que no seríamos discriminados por ser judíos.

El nuevo orden, llamado comunismo, obligó a muchos capitalistas a huir hacia la vieja Rumania, a Palestina y a otros países. Otros se quedaron con la esperanza de que nada cambiaría. Pero las cosas cambiaron y lo hicieron rápidamente. Prudentemente, algunos rumanos, alemanes étnicos y judíos que vivían en territorios en disputa, decidieron abandonar el área antes de la llegada de los soviéticos. Fue triste ver el éxodo de gente en medio de una atmósfera de incertidumbre y miedo. Yo experimenté el primer dolor de las separaciones cuando algunos miembros de mi familia abandonaron la ciudad de una forma que casi implicaba una despedida para siempre.

Una vez que salió el ejército rumano, entró el ejército rojo, los soviéticos, es decir. Llegaban en camiones, en ruidosos tanques y a pie, enarbolando banderas rojas y consignas. Algunos espectadores les aclamaban y lanzaban flores a los soldados que marchaban cantando. Había en las calles multitudes de adultos y curiosos juguetones como yo. Para mí, como para cualquier niño de diez años, un desfile constituía un espectáculo alegre, una expresión de felicidad. Me impresionaron los sonrientes y ama-

bles soldados. Era un sentimiento tranquilizador después de un año de ansiedad.

Pero el cambio de un sistema capitalista a uno comunista tuvo sus desventajas, pues automáticamente eliminó todas las empresas privadas, lo que dio como resultado desempleo y austeridad. Pronto siguió la desilusión y la depresión. Los intelectuales y los ejecutivos debieron contentarse con el trabajo que pudieran conseguir para sobrevivir, tal como le pasó a padre que tuvo que dedicarse a trabajos manuales para ganarse la vida.

Pero después de la llegada de los soviéticos las cosas cambiaron súbitamente a peor, ¿no es así?

Un año más tarde, en 1941, de la llegada de los soviéticos a nuestros territorios, el ejército alemán atacó de repente y sin previo aviso a la Unión Soviética, a pesar del pacto de no agresión que los dos países habían firmado.

El general Ion Antonescu, dictador fascista rumano, prometió total lealtad a Hitler. Como nuestra región hacía ahora parte de la Unión Soviética, nos encontramos en el camino del plan secreto de invasión, cuyo código era *Barbarrosa*. Entre los primeros blancos estaban Besarabia, Bucovina, donde vivíamos nosotros, y Ucrania. Antonescu ordenó a su ejército atravesar el río Prut el 21 de junio de 1941, fecha que coincidía con el día que yo cumplía once años. En lugar de celebrar mi cumpleaños como cualquier niña, permanecí todo el día en refugio antibombas.

El Eje comenzó a bombardear nuestra ciudad. Teníamos que cubrir las ventanas de manera que la luz no se filtrara hacia afuera y, como además se rumoreaba que tirarían bombas envenenadas, algunas personas, incluyendo a mi familia compraron máscaras de gas.

LOS RUMANOS ATACAN A LOS SOVIÉTICOS Y OCUPAN BUCOVINA

¿Y qué sucedió después de ese ataque de los rumanos contra los soviéticos?

Dos semanas después del ataque inicial de los rumanos, en julio de 1941, miembros de la vanguardia rumana entraron en nuestra ciudad; atacaron, saquearon y asesinaron a miles de judíos. A la mañana siguiente, el 6 de julio de ese mismo año, entraron



En medio de esa angustia y confusión que vivíamos, un pensamiento atravesó mi mente: ¿Cómo podían nuestros amigos y vecinos rumanos o alemanes volvernos la espalda? ¿Algunos hasta colaboraban con los fascistas!

los escuadrones de la muerte o *Einsatzgruppen* y terminaron el trabajo. Estos salvajes nazis ejecutaron a cuanto judío encontraron. Al cabo de veinticuatro horas, más de dos mil habitantes de nuestro pueblo habían sido asesinados. El pánico invadió cada fibra de nuestros cuerpos. La gente permanecía escondida en sus casas ante el temor de ejecuciones esporádicas. Cuando se había calmado un poco la barbarie inicial, se dictaron un alud de decretos, todos dirigidos a los judíos. Primero, el uso obligatorio de la estrella de David amarilla, seguido de retirar el acceso a ciertos empleos, la prohibición de asistir al colegio, de reunirse en grupos en la calle y de permanecer fuera de casa al atardecer. Estas humillaciones eran difíciles de manejar, pero la prohibición de ir al colegio era la peor para mí. Luego, comenzaron a hacer redadas de miles de judíos y de seleccionar a los jóvenes para trabajos forzados. Los mayores eran llevados a estaciones de policía, o comisarías, donde eran golpeados, torturados y mantenidos durante días sin agua ni alimento alguno. Además del ejército y la policía, una horda de rumanos con sed de riquezas llegó como un enjambre para enriquecerse saqueando las propiedades de los judíos. Acertadamente se les llamó "los de la fiebre del oro".

Luego llegó la noticia más macabra: ¡toda la población judía de Milie había sido masacrada! Ese pequeño pueblo había tenido un gran significado para mí y allí había pasado algunos de los mejores momentos de mi infancia. El portador de esta nueva tragedia fue el primo de mi madre, Yona Izthac. Milagrosamente logró escapar de Milie y de alguna manera llegó hasta Czernowitz, donde fue detenido por los gendarmes rumanos y llevado a la prisión por la calle del edificio de tía Anna. Con voz entrecortada y desesperada, le alcanzó a gritar hacia la ventana del cuarto piso «¡Anna, Anna, todos fueron asesinados!», antes de que se lo llevaran los soldados. De esta manera nos enteramos de la trágica suerte que había padecido el pueblo de Milie. Más tarde nos horrorizamos aún más cuando supimos que todos nuestros amigos y familiares habían muerto, no a manos de los soldados, sino de sus coterráneos, con quienes habían vivido durante años en perfecta armonía.

OBLIGADOS A VIVIR EN GUETOS

Después de esos trágicos acontecimientos, ¿qué fue lo que ocurrió?

En octubre de 1941, el gobernador de Bucovina decretó la instalación de un gueto, a solo unas cuantas cuadras de nuestra calle. En el curso de las siguientes veinticuatro horas, cincuenta mil judíos fueron enviados allí, evacuados de sus hogares con lo que podían llevar en sus manos y espaldas. Todo el área fue rodeada de alambre de púas, y había soldados haciendo guardia a las puertas día y noche. Había que visualizar un perímetro en el que cabían diez mil personas, albergando ahora a cincuenta mil, además de la población cristiana que vivía allí.

Mis padres se vieron obligados a la formidable tarea de hallar un sitio para instalarnos en medio de la aglomeración de las viviendas en las que hasta cincuenta personas compartían una habitación. Quienes no lograban acomodarse se veían obligados a dormir en buhardillas, sótanos y, en casos extremos, en la calle.

Luego de una exhaustiva búsqueda, encontramos un lugar en una vivienda sin las condiciones de higiene adecuadas. Debíamos compartir una habitación con otras tres familias. Era casi imposible conseguir comida. El gueto no era solamente un sitio donde nos obligaban a vivir en condiciones inhumanas y desesperadas; era también un centro de transición del cual miles de personas eran desterradas hacia Ucrania cada día. Nosotros vivimos primeramente en el gueto y después fuimos trasladados a nuestro antiguo apartamento de nuevo, donde más tarde nos deportaron en las famosas marchas de la muerte de Transnistria.

DEL GUETO A LAS MARCHAS DE LA MUERTE Y LOS CAMPOS

¿Cómo acabó finalmente toda su familia en los campos de la muerte?

Apenas unas semanas de estar en el gueto, en noviembre de 1941, los soldados golpearon a nuestra puerta, maldiciendo y gritando obscenidades. Nos ordenaron salir del apartamento y dirigirnos a la calle. Con las mochilas sobre nuestras espaldas y algún equipaje en las manos, dejamos nuestro hogar para siempre. Aterrorizada, observé silenciosamente el pandemonio en las otrora tranquilas y conocidas calles de mi

infancia. Entre despiadados empujones la gente venía en tropel en estado de pánico, gritando, mientras los caballos relinchaban y se alteraban ante una situación claramente trágica.

Antes de darnos cuenta, ya estábamos atrapados en medio de ese caótico destierro: humanos de todas las edades y orígenes sociales, mujeres cargando en brazos sus sollozantes bebés, gente enferma ayudada por niños, ancianos encorvados con sus espaldas cediendo el peso de sus mochilas. Otros luchaban con pesados bultos. Algunos hasta empujaban carretillas cargadas con sus objetos de valor y baratijas escondidas entre ropa de cama sobre la cual colocaban bultos de ropa amarrados apresuradamente con cuerdas. A cambio de un pago, algunas carretas tiradas por caballo transportaban el equipaje y a los pasajeros a través de ese mar de almas angustiadas.

Mis padres me colocaron en lo alto de uno de esos carros llenos de

equipaje. Desde allí, yo podía mirar la inmensa caravana que, lo supe después, contenía unas dos mil personas. Al oír los llantos de los mujeres y los bebés, así como los gritos de "Shemah Israel" (*Escucha, oh Israel*), un rezo judío que suele cantarse en las más horribles circunstancias, comencé a percatarme de lo que estaba sucediendo. Me daba la impresión de un grotesco cortejo fúnebre...el nuestro. Había escenas desgarradoras de familias que se separaban, llantos que alcanzaban un tono atormentador, y lamentos semejantes, a los de un animal capturado.

En medio de esa angustia y confusión, un pensamiento atravesó mi mente: ¿cómo podían nuestros amigos y vecinos rumanos o alemanes volvernos la espalda? ¿Algunos hasta colaboraban con los fascistas! (En ese momento yo no sabía que muchos no habían apoyado el sistema, no colaboraron, y que algunos llegaron a poner sus vidas y posiciones en

peligro al ayudar a judíos a esconderse o escapar).

Los soldados condujeron la caravana hasta una vía férrea que no era la estación principal. Allí nos esperaba, con las puertas abiertas, un tren de aproximadamente treinta vagones, normalmente destinados para el transporte de ganado. Alrededor, toda el área se encontraba inundada de policías y soldados blandiendo sus bayonetas y gritando con sorna: "¡Hace un año le dieron la bienvenida a los comunistas! ¡Por esa traición Transnistria recibirá su recompensa!".

Al principio no podía creer que esos vagones nos estaban destinados. Pero no había tiempo para pensar, ya que los soldados nos gritaban sin cesar que subiéramos a bordo. Subimos a bordo y llenamos un vagón, diez, veinte, treinta... Y más, y más, hasta que no hubo espacio. Estaba tan atestado que sentíamos que nos sofocábamos. Debíamos ser ochenta personas apretujadas como animales en una jaula. Yo sujetaba la mano de mi padre en absoluto silencio. Quería llorar y decir algo, pero el miedo devoraba mi habla.

¿Qué fue lo más terrible que padeció en esta dura experiencia? ¿cómo logró sobrevivir?

Lo más terrible fue ver morir a toda mi familia, a mi papá, a mi madre y también a mi hermano, sin poder hacer nada, absolutamente impotente. Pero también sin lograr entender como Dios nos había abandonado a nuestra suerte sin poner fin a un episodio trágico y al mismo tiempo dramático.

A la edad de once años, corría enero de 1942, quedé sola en el mundo tras fallecer toda mi familia en unas condiciones terribles por el trato que nos dieron nuestros verdugos. Con mucho cuidado, y con la ayuda de otros sobrevivientes de este horror, reconstruí las fechas de las muertes de los míos en los calendarios hebreo y cristiano, de modo que pudiera conmemorar sus aniversarios en caso de sobrevivir -lo que no parecía probable.

Pronto caí presa de la terrible enfermedad del tífus, lo que provocó que flotara entre la conciencia y la inconsciencia. A veces no entendía o no reconocía a las personas. Oía murmullos, sin poder armar una frase. Veía sombras y percibía ambientes de una manera real y fragmentada.

SOBREVIVIR AL HOLOCAUSTO

Pero, a pesar de todos esos sufrimientos y duros avatares, logró sobrevivir e incluso vivir para contarlo, pasó incluso por un orfanato terrible después de quedar huérfana.

Me tocaba vivir la vida que temía: la vida de una huérfana de padre y madre. El único orfanato que conocía era uno en Czernowitz, que visité cuando tenía siete años. Mis tías pertenecían a una organización sionista de mujeres que atendía a las necesidades de los niños durante la guerra. Un día me llevaron a ver una presentación organizada por los huérfanos. Me dijeron que eran niños que no tenían padre, que vivían juntos en un gran edificio, y eran cuidados por personas extrañas. Mi empatía con esos almas creció hasta convertirse en obsesión. Me imaginaba a mí misma en esa misma situación: sin padres, sin un hogar, sin un abrazo, sin besos y, sobre todo, sin amor. La idea me hacía temblar y rezaba para que nunca me pasara a mí; prefería morir que vivir así.

Y sin embargo, aquí estaba, en ese orfanato llevada de la mano hacia ese terrible destino. Me sentía como si me hubieran sentenciado a pasar el resto de mi vida en prisión. De la mano de la señora Sattinger, que me estaba ayudando, caminé unas cuadras hasta mi nuevo 'hogar'. No tenía equipaje, sólo la ropa que llevaba puesta -una falda marrón, rota, una blusa, un abrigo marinero azul oscuro con botones dorados- y en mi mano libre, mi única herencia: un tenedor, un cuchillo y una cuchara de plata. Esas eran todas mis pertenencias para iniciar mi nueva vida ya sin mi familia.

EL FINAL DE LA PESADILLA FASCISTA

¿Cómo acabó toda esta pesadilla que vivió?

A medida que las fuerzas del Eje se retiraban, el ejército Rojo avanzaba dentro de Rumania. Los ataques aéreos se convirtieron en eventos diarios, por lo que teníamos que descender a los refugios antibombas. A pesar de que ahora se trataba de ataques soviéticos, golpeaban de manera indiscriminada e intensa. En vista del peligro que esto representaba para los niños, decidieron evacuarnos al centro de Rumania. Nuestros guardianes nos separaron en varios grupos pequeños y nos en-

viaron a diversas ciudades. Algunos niños fueron afortunados y fueron a Bucarest, pero yo estaba entre los que fuimos para Buzau, en el centro del país.

La comunidad judía de ese lugar no estaba organizada ni preparada para nuestra llegada. Nos alojaron en una sinagoga donde treinta o cuarenta niños tenían que dormir en pisos cubiertos con colchones de paja. La comida era escasa y no tenía sabor alguno; las cosas mejoraron más adelante cuando nos llevaron a otra casa vacía más confortable.

Más tarde, en el verano de 1944, los soviéticos finalmente tomaron la ciudad, sin mayor resistencia por parte de los rumanos. Reinó la anarquía. Los soldados rusos irrumpieron en muchas casas, rompieron ventanales de almacenes y los saquearon. Buscaban, más que todo, comida y licor, que no habían tenido durante meses de batallas. Los habitantes locales se escondían en sus casas o sótanos por miedo a los invasores.

Como la mayoría de los huérfanos hablábamos ruso, los judíos de la ciudad aprovecharon esto y nos utilizaban como intérpretes a cambio de comida y alojamiento. Irónicamente, las mismas familias que anteriormente se negaron a recibir a un huérfano, vinieron a rogarnos que nos quedáramos con ellos, ahora que su propiedad estaba en peligro.

Finalmente, acabada la guerra, Ruth Glasberg fue llevada de nuevo desde Rumania a la extinta Unión Soviética, desde donde escaparía hasta la antigua Yugoslavia y desde allí partiría hacia el nuevo Estado de Israel tras un aparatoso naufragio que la llevó a pasar una larga temporada en un campo de refugiados para judíos instalado por los británicos en Chipre.

Este largo periplo terminó exitosamente en Israel, donde tendría que soportar de nuevo la guerra, esta vez de los árabes contra el nuevo hogar de los hebreos, y numerosas adversidades. Más tarde, se casó con un judío colombiano y se instaló en Colombia durante una larga temporada hasta que, en los años ochenta, emigró hacia los Estados Unidos, donde reside actualmente en la ciudad de Miami tras morir su esposo y haber dado vida a dos hijos. ☺

